

Enrique Sáez Ponte

LA LIBERTAD EN EL SIGLO XXI

Marcial Pons Historia

ÍNDICE

Presentación. La libertad, un espacio ganado a los poderosos, 11

1. El poder del aparato, 25
2. El poder del dinero, 65
3. El poder de la palabra, 101
4. La libertad de las mujeres, 127
5. Más allá del Estado nación, 141

Epílogo. Todos somos necesarios, 199

Bibliografía, 203

PRESENTACIÓN

LA LIBERTAD, UN ESPACIO GANADO A LOS PODEROSOS

El fuerte crecimiento de la población y de la economía que se registra desde hace doscientos años crea condiciones sociales muy diferentes a las de tiempos históricos anteriores. La principal característica del nuevo entorno es la escala, la dimensión de la Humanidad. A mediados de siglo, siguiendo las previsiones más fiables, estarán sobre la Tierra cerca de 10.000 millones de seres humanos, frente a los casi 1.000 que había en 1800. Si a esto añadimos el crecimiento de la producción por persona, nos encontraremos con que dos siglos y medio después habrá una economía de un tamaño que puede ser 250 veces más grande que la de aquellos momentos.

Cuando el despegue tecnológico fue cogiendo fuerza, los novelistas que imaginaban el futuro construían escenarios donde viajábamos por el espacio exterior en busca de nuevos lugares que descubrir y colonizar, como hacían los navegantes y exploradores hasta hace cien años. Parecía que no existían límites para el hombre.

Sin embargo, hoy observamos problemas potenciales de agotamiento de recursos importantes y, como consecuencia, los pronósticos pesimistas sobre la capacidad de nuestro planeta

para acoger a tanta gente llenan el pensamiento de base ecológica. Aunque ese tipo de previsiones, desde las de Thomas R. Malthus¹, vienen siendo superadas, hasta ahora, por la aplicación de avances técnicos.

A pesar del optimismo tecnológico, lo de viajar por el espacio exterior y reproducir nuestra especie en otros planetas parece que va a llevar más tiempo de lo que pensaban aquellos pioneros de la ciencia ficción. Habrá que ir tirando varias generaciones con lo que seamos capaces de producir aquí, teniendo cuidado de no estropear los equilibrios básicos de la Tierra que nos acoge, en la que convivimos cada día más juntos, más apretados. Todo ello invita a reflexionar en cómo nos organizamos para habitar el planeta de forma razonable, sostenible y teniendo en cuenta los deseos y las necesidades de todos.

Llamamos globalización a la fase actual de integración de la población y de la economía del mundo. Las dinámicas propias de los procesos que la empujan —la expansión de los conocimientos científicos y de su aplicación práctica, la mejora de las comunicaciones y de los sistemas logísticos y los acuerdos para rebajar los obstáculos al comercio— cuentan con la facilidad de operar en un entorno político en el que ya no hay imperios coloniales.

La caída de los sistemas coloniales fue el impulso político de lo que los franceses llaman *mondialisation* y es una novedad para los parámetros de comportamiento histórico precedente. Siempre, desde tiempos que se hunden en la prehistoria, grupos humanos organizados tuvieron sometidos a otros grupos que caían bajo su autoridad. Ese tipo de dominio ya no se da ahora. Aunque, como es inevitable, hay Estados que tienen más influencia y capacidad de imponer sus deseos.

¹ Thomas R. MALTHUS (1798).

En 1975 se independizaron las colonias portuguesas, que formaban el último imperio marítimo. Un modelo desarrollado durante la Edad Moderna por pueblos europeos con acceso al Atlántico. Más complicados de desmontar han sido los imperios que podemos llamar terrestres, los que lideraron Estados con vocación imperial, pero con difícil presencia en mares abiertos, que emplearon el procedimiento de someter a pueblos vecinos para satisfacer sus deseos expansionistas.

En la Edad Contemporánea, las caídas de los imperios terrestres provocaron en Europa varios conflictos armados. Fueron los casos de Turquía, Austria-Hungría o Alemania, que inició su breve expansión durante los años treinta del siglo xx, absorbiendo países vecinos que contaban con núcleos de población de origen germánico.

Ahí radica el problema de los imperios terrestres. Las incorporaciones de espacios próximos terminan por crear mezclas de grupos étnicos, culturales o religiosos. Después no es fácil volver a dividir a los vecinos para formar nuevos Estados independientes con fronteras estables y una cierta uniformidad cultural, por lo que este tipo de situaciones de dominio tienden a dejar heridas sociales difíciles de cicatrizar.

La disolución de la Unión Soviética, una expansión imperial de Rusia en el este del continente europeo bajo parámetros formalmente progresistas, está dando bastantes problemas, que se traducen en conflictos de distintas intensidades. Como también ocurre con los restos de la antigua Yugoslavia, que fue, en manos serbias, el último remanente de los imperios terrestres europeos en deshacerse (2006). Un laboratorio a pequeña escala de los conflictos que provoca el dominio de un país sobre pueblos vecinos, un pequeño conglomerado de etnias, muy complejo, con conexiones con la ambición anexionista de la gran potencia eslava y situado sobre las viejas fronteras de

otros imperios anteriores del mismo modelo: Turquía y Austria-Hungría.

La desaparición de los imperios, a pesar de las numerosas dificultades del proceso de descolonización, añadió una fuerte dosis de libertad a la vida de los habitantes de muchos lugares del planeta. Aun así, el actual orden político, social y económico mundial sigue presentando grandes desafíos para el ejercicio de la democracia.

La capacidad de vivir con un amplio grado de libertad y de decidir entre todos los principales objetivos comunes nos distingue de otros animales sociales. La libertad política, basada en el respeto a los derechos individuales, es un gigantesco logro colectivo que con frecuencia está en peligro de desgastarse o perderse, porque es un espacio débil ganado a los excesos de los poderosos.

Los individuos y grupos que consiguen acumular poder tienden a emplearlo al servicio de sus intereses, al margen de la mayoría de la población, que queda en situación de inferioridad. Aunque el sistema legal no llegue a reflejar de manera formal esta situación o que la pérdida de libertad sea compensada inicialmente con alguna otra mejora en puntos concretos, como orgullo nacional, seguridad, igualdad, estabilidad o crecimiento económico.

Cuando el poder se concentra en grupos reducidos, fuera de sistemas eficaces de control y renovación, empieza a comportarse de forma arbitraria. «Si el poder no puede ser arbitrario, ¿para qué demonios sirve?», piensan, aunque no lo digan, los que se afanan en disfrutarlo, en permanecer en su uso y en compartirlo solo con la familia, los amigos, los compañeros o los miembros de la misma raza, casta o clase.

Para muchos, el ejercicio de funciones públicas rígidamente sometidas al imperio de la ley, con normas bien implantadas de

transparencia y supervisión, es aburrido y poco rentable. Lo que interesa es el grado de arbitrariedad del que se dispone para hacer lo que se quiera. A los que están fuera del gran reparto se les puede contentar con algunos regalos menores y mucho lavado de cerebro para que sean pragmáticos y no se les ocurra hacer barbaridades. Los poderosos tienen siempre miedo de los que se quedan más allá del círculo de los elegidos, que son muchos más de los que están dentro, por lo que insisten en convencerlos de que viven en el mejor mundo posible.

La lucha por la libertad no termina nunca. El ser humano debe enfrentarse permanentemente a la concentración de poder en minorías que lo usufrutuan. La acumulación de capacidad de decisión en grupos que se apoyan entre ellos es una dinámica continua de las organizaciones sociales incluso desde dimensiones muy pequeñas.

Solo mediante sistemas, lo más automáticos posibles, que controlen y dificulten el proceso se pueden crear condiciones que permitan que la concentración de competencias, necesaria para la gestión de los objetivos colectivos, conviva con un amplio grado de libertad de los ciudadanos y un espacio de concurrencia que facilite una mínima igualdad de oportunidades.

Las libertades individuales y la igualdad de oportunidades son logros delicados, nunca perfectos en su ejercicio. Es preciso vigilar y trabajar de manera permanente para que no se rompan los complejos equilibrios que garantizan la democracia real. Hay que procurar que no se llegue a un punto en el que la arbitrariedad de unos pocos tome una dimensión que les ayude a huir de los controles y volar a los fructíferos espacios de los privilegios, la impunidad y la riqueza.

En este campo del pensamiento social, los ilustrados del siglo XVIII establecieron ideas básicas que aún nos alumbran. Uno de ellos, Charles Louis de Secondat, barón de Montes-

quieu, tomó como referencia la experiencia constitucional inglesa y defendió, en su libro *El Espíritu de las Leyes*, la eficacia del reparto y el equilibrio de poderes para eludir la arbitrariedad de los poderosos. Unos años después, Adam Smith publicaba su obra más conocida, *La Riqueza de las Naciones*, que promueve el libre comercio como base de la competencia y el desarrollo económico.

Estos autores —un noble francés que defendía el reparto del poder y el hijo de un agente de aduanas escocés contrario a los aranceles sobre las importaciones— y otros de su tiempo crearon una especie de física social con base en dos mecanismos: la división del poder y la competencia, que produce equilibrios y dinámicas de cambio en las reglas de juego y pone las bases de un ecosistema colectivo capaz de evolucionar y donde, al mismo tiempo, pueden crecer la libertad de todos y el fomento de la iniciativa individual.

En los más de dos siglos transcurridos desde entonces, esas ideas fueron criticadas, debatidas, corregidas, completadas y adaptadas de muchas formas, a la luz del pensamiento posterior y de las experiencias vividas. Sabemos ya que cualquier automatismo legal o económico puede ser superado y desactivado, en todo o en parte, cuando la acumulación de capacidad de decisión alcanza niveles excesivos.

La libertad es un planeta gris, donde hay que vivir cada día con el objetivo de mantener el cielo lo más claro posible. Cuando las nubes se vuelven muy oscuras, los habitantes de la superficie, separados del cielo de los poderosos, van dejando de ver hasta caer en la ceguera. Entonces, su visión limitada tiende a confluir con la de la elite que ha conseguido monopolizar la luz y apartarla del uso colectivo.

Las ideas de los pensadores ilustrados están hoy sometidas al estrés de operar en un entorno muy diferente. Como ya se

ha dicho, los humanos vivimos en un sistema económico y social de una dimensión que ni podía ser intuita en tiempos de la Ilustración. Una economía cientos de veces más grande ofrece demasiadas tentaciones. Las ambiciones y las maniobras de autócratas, monopolistas y oligopolistas, de las castas políticas y burocráticas o de los nuevos aristócratas del dinero desbordan con frecuencia los mecanismos de control social y los equilibrios que intentan asegurar la combinación de sistemas legales democráticos con la economía de mercado.

En las últimas décadas, esos propios mecanismos sociales tienen problemas de funcionamiento. La estructura política y legal que los soporta, el Estado nación, pierde capacidad de ejercer su soberanía y la integración económica del mundo hace aparecer la necesidad de tomar orientaciones y decisiones que abarcan a muchos pueblos y desbordan a menudo los cauces institucionales existentes.

El ejercicio de la libertad individual, la seguridad de tener derechos básicos, la capacidad de tomar decisiones y aprovechar las oportunidades en condiciones de equilibrio con los demás y el convencimiento de que esas facultades individuales y colectivas están protegidas por la ley son la cara de la democracia real que las personas pueden percibir. Pero, además y como consecuencia de todo ello, el gran logro de las democracias fue el de definir las condiciones de legitimidad en las que se puede ejercer el gobierno.

Después de las revoluciones liberales, el pueblo se convirtió en el depositario exclusivo de la legitimidad del poder político. Como había adelantado el filósofo inglés John Locke, ya en el siglo XVII, «ningún gobierno tiene derecho a ser obedecido por un pueblo que no lo consiente libremente».

El poder ya no viene de Dios o de la tradición o de cualquiera otra fuente que daba a una persona, a una familia, a una aris-

tocracia, a una casta o a una combinación de ellas, el derecho a mandar sobre los demás, convertidos en siervos sin capacidad de opinar y decidir. Esta victoria ética es la gran conquista de los demócratas: la legitimidad viene solo del pueblo. Los no demócratas carecen de soporte moral para hablar en nombre de sus súbditos.

A pesar de las presiones continuas de los sistemas organizados de poder sobre la operatividad real de las democracias, resulta un consuelo saber que aún hay muchos países en los que se puede ejercer una dosis significativa de libertad con poco riesgo personal y donde el voto popular puede cambiar gobiernos. Esos lugares son, en general, bien valorados por sus habitantes y también por los que no tienen la suerte de vivir en ellos. La democracia sigue siendo sinónimo de buen gobierno, lo que explica su crecimiento por gran parte de la geografía del planeta.

En particular, es esperanzadora la consolidación de los hábitos democráticos en muchos Estados de África. Un continente que empieza a registrar una mejora en el desarrollo económico, con más apoyos que simplemente las materias primas. Todo ello ayuda a que vaya superando el difícil medio siglo posterior a la descolonización, que lo arrojó en un vacío institucional sin estructuras estatales operativas ni bases culturales homogéneas. La democracia se está extendiendo, con dificultad (aún hay excesivos casos de líderes africanos vitalicios) pero con cierto vigor, en este continente y le sirve de apoyo para canalizar problemas étnicos y religiosos que causaron y causan muchas desgracias.

El Estado democrático, en el que el poder está determinado por el voto de ciudadanos que poseen los mismos derechos, es la referencia universal de lo que es una sociedad justa. Desde las revoluciones liberales, es el pueblo el depositario de toda legitimidad, él es quien decide, mediante elecciones periódicas de

libre concurrencia, en quién delega temporalmente la capacidad de tomar decisiones colectivas.

Pero esta forma de gobierno no es perfecta. Siempre corre el riesgo de ser erosionada por la acumulación de poder o, por lo contrario, por la incapacidad de contar con mayorías representativas estables. Esta es la gravedad de la tarea que tienen los demócratas: conseguir mantener y perfeccionar un régimen de ejercicio de las libertades políticas que siga siendo eficaz. Si se desgasta y se pierde, la humanidad quedará huérfana de referencias éticas frente a la tiranía.

La existencia de un conjunto numeroso de Estados que se pueden homologar como democráticos es un patrimonio común de los que aman la libertad. Mientras estos existan, todos los que han suprimido o limitado fuertemente el ejercicio de las libertades políticas y de los derechos humanos saben, aunque no lo reconozcan, que sufren un déficit moral. Por eso emplean toda su capacidad de difusión ideológica para denunciar las debilidades de los países que cuentan con un Estado de Derecho.

La prolongada crisis iniciada en 2008, el menor crecimiento económico y el aumento de las desigualdades en las sociedades contemporáneas más desarrolladas, la impunidad de dirigentes corruptos, las reacciones de xenofobia o los falsos dioses de las soluciones fáciles están erosionando el prestigio de la democracia y creando grietas en la cohesión de los demócratas, que intentan aprovechar los que se sienten en inferioridad ética.

El desgaste de la libertad que produce la acumulación de poder en escalas desconocidas antes, derivadas de una sociedad mucho más grande y conectada, es la razón de ser de este ensayo. Porque resta legitimidad a los que gobiernan y abre espacios a la arbitrariedad de los privilegiados y al nacimiento de nuevos monarcas y nuevas noblezas. El control de las concentraciones excesivas de poder debería ser la preocupación principal y per-

manente de los que se consideran defensores de las sociedades abiertas y solidarias.

Puede ser peligroso pensar que el poder está en baja, como dice el título de un libro de éxito de Moisés Naím². Algunas de las formas de ejercicio del poder están desgastándose, en especial las que se construyeron con base en el Estado nación, erosionado ahora por la globalización, y quizás sea el momento de ayudar a eliminarlas, porque concentran muchas atribuciones y no son quién de ejercerlas con eficacia. Pero las escalas adquiridas por la sociedad global proveen de nuevas oportunidades y de nuevos espacios para el crecimiento del poder arbitrario.

El propio Naím, en su trabajo citado, nos recuerda la advertencia de Friedrich W. Nietzsche³: «Donde encontré un ser vivo, allí encontré la voluntad de poder; e incluso en la voluntad del siervo había la voluntad de ser amo». Hay que tener cuidado en no bajar la guardia. La eterna partida que la democracia juega con el poder para mantenerlo dentro de límites legítimos comienza a perderse cuando se debilita la voluntad de lucha, cuando se considera que el poder autoritario ya no es un peligro y la libertad está garantizada.

El Estado de Derecho no es solo una conquista política, es también la gran revolución social. En Europa, en los siglos finales de la Edad Media y en los primeros de la Edad Moderna, la resistencia de las organizaciones religiosas, de los nobles y de las villas frente al poder absoluto de los monarcas fue limitando la arbitrariedad de estos, obligándoles a un cierto sometimiento al imperio de la ley.

Después llegaron las revoluciones liberales que trajeron la libertad de voto y de opinión, con las que se consiguieron de-

² Moisés NAÍM (2013).

³ Friedrich W. NIETZSCHE (1883-1885).

finir y defender por ley los derechos humanos y cambiar para siempre la justificación del poder político. Como consecuencia de la presión de los ciudadanos existen prensa o sindicatos libres. El ejercicio democrático hizo que el voto se fuera extendiendo a todos, incluidas las mujeres, que así dieron sus primeros pasos para acercarse a una situación de igualdad con los hombres.

La presión de la opinión pública y la legitimidad del voto igual y secreto de ciudadanos libres consiguieron ir repartiendo entre todos, despacio y con no pocos esfuerzos, parte de los excedentes que las personas y las empresas iban logrando por el fuerte crecimiento económico. Así fueron surgiendo los derechos sociales, desde la enseñanza pública a la sanidad, pasando por las pensiones o el seguro de desempleo.

Debemos reivindicar las conquistas sociales como grandes logros democráticos. Las mejoras que se pudieron obtener al margen de las libertades solo fueron pagos a cuenta del sometimiento de los beneficiarios a los nuevos autócratas, impuestos por el grupo político dominante o directamente por los militares.

No obstante, a pesar de los avances difícilmente alcanzados, crecen en los últimos tiempos las denuncias contra la involución de la sociedad hacia un entorno más injusto, en especial en los países más desarrollados. Se registra un aumento de la desigualdad de ingresos, una creciente concentración de capital, que promueve la aparición de una nobleza de nuevo cuño, y un desgaste de las prestaciones sociales, que el Estado de Bienestar ya solo puede mantener recortándolas. Dificultades que se presentan como de base económica, pero que deben analizarse como síntomas de enfermedades que tienen raíz política.

Las nuevas dimensiones de los procesos de acumulación de poder en una situación de menor crecimiento económico ero-

sionan las libertades de las personas, sobre las que se construyeron sociedades más igualitarias en el marco institucional del Estado nación democrático. Este navega los mares de la globalización algo desorientado y con menos capacidad, dentro de la menguante soberanía de que dispone, para resolver los problemas del país que abarca.

Todo ello crea tentaciones de una vuelta atrás, promovidas por los que gustan de echar la culpa de las crecientes dificultades a todo lo que viene de fuera y apoyada en el desánimo que produce en muchos ciudadanos el contemplar cómo se consolida una situación menos justa, que les hace perder la confianza en la capacidad de la democracia para mejorar sus condiciones de vida. Esta realidad se manifiesta ya en el ascenso electoral de líderes populistas de perfil autoritario, incluso en países con tradición liberal.

La reciente crisis económica terminó con el optimismo que se vivía desde la década de los noventa, cuando acababa de caer el Muro de Berlín y se pensaba que el sistema social soñado por los ilustrados del siglo XVIII, basado en la libertad política y la apertura comercial, iba a propagarse con facilidad por todo el planeta. Pero ahora, en estas primeras décadas del siglo XXI, empiezan a crecer el miedo, el deseo de volver a levantar barreras al comercio y a las personas, y las propuestas políticas que quieren reforzar el modelo de Estado nación tradicional.

El contexto social y económico evoluciona siempre y obliga a repensar, para actualizarlos, los principios y las soluciones en los que se basa la democracia, si queremos evitar que se vuelvan a buscar soluciones en viejas recetas, que tienden a provocar más pobreza y un contexto internacional más proclive a los enfrentamientos militares. A esa tarea común intenta colaborar el presente libro, que es prolongación de una prime-

ra versión editada en gallego (Galaxia, 2017). Los debates que se produjeron durante las presentaciones realizadas entonces trasladaron el interés de los participantes y recomendaron profundizar y completar algunos de los temas abordados. A ello responde la más extensa versión actual, que también se ha enriquecido con referencias a obras editadas y a hechos ocurridos en estos dos años.

En sus páginas se analizan los procesos actuales de concentración de poder, que debilitan la igualdad de oportunidades y ponen en peligro el ejercicio de las libertades individuales, en los tres hábitats principales que lo facilitan: los aparatos político-burocráticos, el capital y la comunicación. A cada uno de esos grandes acumuladores de capacidad de decisión se le dedica uno de los tres primeros capítulos. En el cuarto se aborda la problemática específica de la libertad de las mujeres, el desafío más importante que tienen las sociedades de este siglo respecto a los derechos humanos.

El último apartado se centra en el plano supranacional, que está cambiando con rapidez y presenta retos desconocidos al modelo de articulación social más extendido, el Estado nación, y, con él, a la propia democracia. Los Estados deben adaptar sus funciones y capacidades a un entorno abierto, donde la soberanía tiene fronteras cada día más porosas, y, a la vez, necesitan abrir espacios al ejercicio de las libertades democráticas a nivel supranacional. Pero tropezamos con fuertes resistencias a aceptar las condiciones que impone un mundo más integrado y conectado⁴ y a tomarlas en cuenta para adaptarnos.

Cada capítulo puede leerse como un ensayo aislado sobre el tema que trata, por lo que algunas argumentaciones se repetirán

⁴ Peter SINGER (2002).

en más de uno. El conjunto de todos ellos intenta dar una valoración general del marco actual desde el que los poderosos desafían a los demócratas y no se limita solo a hacer análisis.

El libro contiene también propuestas de posibles nuevas medidas o de ampliación de las que ya existen para tratar de mejorar las condiciones en las que operan las instituciones y evitar o, como mínimo, dificultar el crecimiento de parásitos autoritarios en las estructuras políticas, económicas y de comunicación de la sociedad del siglo XXI.